



CAPÍTULO VI.

SESIÓN SECRETA DE REGLAMENTO.

NO se fué Zubieta, sin que don Manuel hubiera podido decirle estas palabras, con toda la solemnidad posible.

—Lo espero á usted mañana.

No seríamos consecuentes con la teoría de la influencia del estómago sobre la cabeza y el corazón si callásemos esta circunstancia.

Después de los dulces todas las pollas estuvieron mas expansivas, mas locuaces y

hasta mas dulces: la conversación se generalizó hasta después de las diez, hora en que un joven desconocido tocó la vidriera de la sala.

—¿Quién? preguntó Lola.

—Ha de ser Marín, dijo Lucesita.

—¿Quién es Marín?

—El que viene por nosotras.

—Buenas noches, dijo un joven entrando.

—Buenas noches, contestaron varias voces:

—Siéntese usted, dijo Lucesita, este joven es Marín, agregó después.

—Servidor de usted, contestó Marín.

—Pero pase usted por acá, dijo don Manuel, viendo que Marín se había sentado lejos.

Marín avanzó el espacio de cinco sillas, y se sentó de nuevo, teniendo su paraguas y su sombrero en la mano.

Pocos momentos después empezó la despedida, ó lo que es lo mismo comenzó la visita, por que á pesar de que durante toda la noche había habido momentos de silen-

cio, si bien muy cortos, en el acto de despedirse empezó á ocurrirles á las señoras una porción de cosas de que no habían hablado, de manera que ya de pié, prolongaron las despedidas y los encargos por más de tres cuartos de hora.

D. Manuel y Lola se quedaron solos.

A Lola le pareció que debía estar seria con su marido supuesto que éste se había permitido manifestar ya abiertamente sus celos, á despecho de toda consideración. D. Manuel por su parte deseaba á toda costa entrar en explicaciones que acabaran de sacarlo de la vacilación, y de la duda.

—Es necesario, dijo al cabo de un rato, que esto termine.

—¿Cuál? preguntó Lola.

—Este estado de cosas, esta incertidumbre, este malestar.

—Opino de la misma manera, dijo Lola con un acento difícil de describir; con un acento en que había aún algo de la niña mimada.

Don Manuel sintió un impulso de impa-

ciencia por aquella salida ingénuu; hubiera preferido ver cuitada á Lola; y como quiera que ésta seguía ocupadísima en la operación de despeinarse y despojarse de sus dijes y galas, don Manuel continuó:

—Parece que tú no le das á este asunto toda la gravedad que en sí tiene, y aún parece también que te has propuesto tener en poco mis observaciones y mis palabras.

—No: dijo simplemente Lola.

Hubo una pausa, por que le costaba mucho trabajo á don Manuel pasar aquel *no*.

—Estás lacónica, no parece sinó que te has cansado de hablar.

—Y así es efectivamente, he hablado tanto.

—Y tan luego como nos hemos quedado solos te has vuelto otra mujer.

Lola nada contestó.

—Mira, Lola, dijo don Manuel, disimulando muy mal su cólera, te has propuesto exasperarme.

—No.

—Provocarme con tus desprecios.

—No.

—Hacerme chico.

—No.

—¿Qué, pues, entonces, por qué no hablas, por qué no contestas en forma, por qué te reduces á contestarme monosílabos?

—¿Quieres que hable?

—Sí.

—¡Ay, Dios mío, qué flojera, dijo Lola, manifestando con un gestito que le repugnaba ocuparse de aquel asunto, volvemos á empezar de nuevo, sea por el amor de Dios!

Dejó sus últimos postizos sobre el tocador, se quitó los anillos, y levantándose dijo:

—Espérame tantito.

Hay ciertas frases que la mujer querida sabe gorgear, hay momentos en que la compañera de nuestra vida trina no sabemos qué notas misteriosas, notas arrancadas á los dulcísimos preludios amorosos, á las horas idas de las primeras caricias, notas de aurora que traen siempre una reminiscencia al corazón, un soplo de las brisas que

volaron, un encanto en fin, al cual somos sensibles.

Lola se levantó de su asiento, y en el oído de don Manuel quedaron vibrando estas palabras:

—Espérame tantito.

Don Manuel sentía desleírse la ambrosía de estas palabras en la amargura de sus dudas, y experimentaba los efectos de una extraña mezcla de voluptuosidades y dolores, que son una de las fases de los celos.

Lola entretanto se había acercado á su vestidor para quitarse unas botitas que le oprimían el pié más de lo que convenía á una situación seria. Metió Lola sus piecitos en unas chinelas de raso acolchadas, y se cubrió con un peinador blanco de muselina.

Cruzóse sobre el pecho los dos lados del peinador, con el mismo movimiento con que se les cerrara á los niños las puertas de un teatrillo de títeres, diciéndoles, ¡ea, basta por hoy, se acabó!

En seguida Lola dirigió al pasar una mi-



EL ESPEJO

rada al espejo, lo cual equivaldría entre combatientes á asegurarse de si la pistola tenía cápsula, después de lo cual, Lola se sentó en una góndola frente á su marido.

—Caballero, estoy á las órdenes de usted.

Lola sabía bien, mejor que nosotros, el efecto mágico de esta frase, medio pedante y casi á primera vista fuera de la situación; pero la *chanza* es un recurso de la oratoria familiar de más efecto que todos los tropos conocidos y que todos los giros del lenguaje.

Aquel «caballero, estoy á las órdenes de usted» dicho con la vocecita dulce de Lola, aquella cara ovalada, fresca, ingénua, inocente; aquel conjunto que constituía al angel del hogar, á la mujer bajo una de sus fases mas risueñas; aquella pieza confortable, aromatizada, en la que se respiraba cierto sosiego voluptuoso, cierto misterio dulce; todo aquello estaba iluminado por la luz siniestra de los celos: allí había como una tercera mano, trazando signos extraños

en aquel ambiente de amor, en aquel nido humano tan apacible en otros días.

Lola, lo repetimos, era buena, era pura, era adorable, y según hemos podido ya apreciar, era superior á don Manuel; vivía, ó mejor dicho, era capaz de vivir mentalmente en una esfera de idealidad superior á la que le había tocado en suerte.

Por parte de don Manuel, sentía como si una mano de plomo lo pudiera soltar apenas de entre los bultos de casimires y muselinas para entrever una felicidad, que por difícil de entender había renunciado á estudiar.

La vida de la inteligencia abre tan anchos caminos al pensamiento humano, que á medida que éste avanza por los campos de lo ideal y de lo imperecedero, encuentra nuevas fuentes de vida y de vigor, de entusiasmo y de fé: pero los perezosos, los vulgares, los que simplifican la ciencia de la vida reduciéndola á los estrechos límites de la parte vegetativa y animal, los que al hojear el libro de filosofía, bostezan ante los

logaritmos de la existencia espiritual, suelen, como don Manuel, encontrarse algún día impotentes para penetrar á un cielo que adivinan en un momento lúcido y que vuelve á perderse en las tinieblas de su ignorancia como un meteoro.

Á don Manuel estaba pasando todo esto en aquellos momentos: se sintió inclinado á alcanzar con la mano aquel mundo espiritual que se le escapaba ante una impotencia de que él mismo no se daba cuenta, vió á su mujer, la contempló en silencio y..... le pareció bonita; pero á la vez sintió como si aquella mujer de quien él era dueño estuviese poniendo una barrera entre ambos, barrera que le impedía á don Manuel enseñorearse con su legítima propiedad.

Fué entonces el propietario, el marido en virtud del contrato social, el comerciante de inventario y partida doble el que se rebeló en don Manuel; no fué ni el amante, ni el esposo, ni el hombre fué el dueño de la casa quien vió á Lola, rebosando en el deseo de encontrarla culpable, porque ¡cosa

rara! el celoso desea la certidumbre del crimen más que la de la inocencia; porque este deseo se ha engendrado en medio de los movimientos de la ira y del encono.

El celoso goza con la idea de llegar á una solución, y en medio de su perturbación siente el anhelo de lo trágico, de lo espantoso, como si fuera una caricia infernal.

Probarle á Lola que era criminal, hubiera sido en aquellos momentos para don Manuel una especie de placer salvaje de que estaba sediento. Pero este principio de despecho y de injusticia parecían replegarse ante la tranquila actitud de Lola, ante su semblante sereno, como el de la inocencia; era como el resplandor del ángel ante la nube del odio, el que contenía á don Manuel para no hablar.

Lola miraba á su marido, y sin duda notaba en él lo que un ánimo tranquilo nota de incoherente y repulsivo en un loco ó en un ébrio.

Tan elocuente era así el silencio que reinaba en la habitación.

Este silencio fué interrumpido por la voz de don Manuel: su voz fué áspera y ronca, y hacía el mismo efecto que haría una de esas aves nocturnas graznadoras introducida en el nido de una tórtola.

—Lola, dijo de repente don Manuel.

—¡Ay Jesús! exclamó Lola estremeciéndose, más por echar en cara á su marido su aspereza, que porque su sistema nervioso se hubiese conmovido.

Volvió á reinar el silencio.

Era ese silencio soporoso y amargo de la desavenencia doméstica.

D. Manuel, por su parte, no encontraba la manera de abordar aquella cuestión que á él le parecía embarazosa y difícil; porque el celoso tiene siempre el temor de parecerlo, y vive en la mas amarga lucha entre su dignidad y su duda, entre su amor propio y su despecho, entre la repugnancia de confesarse ultrajado y el derecho de reclamar el ultraje.

Lola esperaba, segun hemos dicho, tranquila, porque empezaba por ser pura y aca-

baba por palpar la incompetencia de aquel juez parcial, medio loco y medio desgraciado.

—Pregunta mi curiosidad, dijo Lola inclinándose y apoyando su mejilla en una manita de marfil ceñida por los encages del *peinador*, ¿vamos á estarnos toda la santa noche uno enfrente de otro sin hablar?

—Lola, Lola, dijo en seguida don Manuel sin saber lo que iba á decir, pero queriendo decir algo: yo... Lola, es preciso que... porque... en fin... en esta situación, como comprenderás perfectamente, es imposible, imposible; vamos, que esto no puede ser, al menos, tal es mi convicción; porque si al menos, quiere decir, si yo encontrara que tú... que te defendías y que... pero...

Después de una pausa, Lola hizo una mueca de las mas graciosas, y dijo en seguida, dando á su voz la dulzura de que era susceptible:

—Tenga usted la bondad, señor marido, de traducirme al castellano todo ese raudal de palabras con que se ha servido usted obsequiarme.

—Parece que te burlas.

—No.

Este no, tuvo una entonación que no es para descrita.

—Y cuidado con provocaciones, dijo don Manuel ruiendo de ira.

—Ola, ola, dijo Lola reclinándose en el respaldo del sillón; nos ponemos furiosos, tomamos las actitudes de *Otello*, engruesamos la voz y amenazamos á nuestra querida esposita. Muy bien me parece, señor don Manuel, muy bien, esos son los efectos raros de...

—¿De qué? interrumpió don Manuel.

—Los efectos raros de esa majadería que se llama celos.

—Majadería?

—Si, señorito, no es otra cosa porque usted se ataranta; y todo un señor de patillas y dueño de cajón de ropa se permite descender hasta la clase de esos pobres maridos de cuartito, que maltratan á sus mujeres y tienen que dirimir sus dificultades y sus disputas ante un juez de lo criminal.

—¡Juez de lo criminal! exclamó don Manuel que estaba pronto á asustarse de todo. ¿Juez de lo criminal? ¿de qué crimen hablas? ¡Ah!... ta, ta, ta, ¿con que esas tenemos? ¿Juez de lo criminal? bien se conoce, mujer infiel, que no tienes en la cabeza más que crímenes, ¿y de qué otra cosa puede ocuparse quien...?

—Pido la palabra, dijo Lola con una gravedad cómica, de lo mas primoroso; se le ha deslizado á usted una frase, señor marido, contra la cual protesto solemnemente, contra la cual me declaro con toda la energía de que usted no me había creído hasta ahora capaz.

—¿Qué frase es esa?

—Ha dicho usted, si mal no lo recuerdo, esto: mujer infiel.

—¿Yo?

—Sí.

—¿Mujer infiel?

—Mujer infiel.

—He dicho bien, lo ratifico, lo afirmo, mujer infiel, mujer perjura, mujer....

—Chitón: las pruebas.

—¿Las pruebas? allá van; es usted infiel, supuesto que da lugar á que las gentes fijen la atención en actos que, cuando menos llamarían la atención del marido, menos del marido más... del marido más marido que se conoce, es usted infiel porque ese hombre viene todas las tardes.

—¿Qué hombre?

—Él.

—¿Quién es él.

—Deseas que te repita su nombre, que te refresque la sangre, ¿que te diga quién es?... Habráse visto impertinencia ¿con que tú no sabes á quién me refiero?

—No.

—¿No?

—No.

—Ah; ¿con que no sabes quién viene todas las tardes?

—¿Yo?

—Sí.

—Yo sé que viene todas las tardes... ahora verás, todas las tardes, todas las tardes,

¿González? ah no, no es él, porque González viene rara vez, ¿Villasana? no, porque Villasana nunca viene, Villasana... ha,! entonces ya caigo, el que viene todas las tardes, quiere decir, el mismo que viene todas las tardes es... es..... es..... ya merito te lo digo, es..... es Zubieta.

Don Manuel, que había estado oyendo a quella peroración retorciéndose los dedos y mordiéndose los labios, se quedó viendo á Lola con una expresión de ira tal, que no encontrando palabra con que expresar lo que sentía, se conformó con mecerse, haciendo oscilar su cabeza de atrás á adelante como si en aquel vaivén hubiese encontrado don Manuel algo mas elocuente que la palabra y que los gritos.

Pero como este movimiento, que por otra parte no es del todo desconocido en la mímica teatral, se prolongase más de lo que un actor sobrio hubiera prolongado en el palco escénico, Lola dijo:

—Ay Jesús, qué te da, hombre de Dios, qué quiere decir esa oscilación, si pareces

un péndulo, sabes que te estás volviendo loco?

Don Manuel se paró de un brinco, abrió la puerta, y se salió de la recámara.

Lola se quedó sentada, pero cuando estuvo sola fué cuando hubiera podido notarse en su fisonomía un cambio completo.

Pareció que un genio invisible había arrancado á Lola la careta con que se ostentaba risueña, festiva y pueril, y que en su lugar había exhibido la cara de una mujer agobiada por un largo sufrimiento moral.

Clavó la vista hacia sus piés, y en seguida se irguió como para sus pulmones tomasen una gran cantidad de aire, y suspiró profundamente.

Don Manuel había ido á sentarse en uno de los sillones de la sala.

Lola no se movió.

Don Manuel, por su parte, no hizo ruido sino después de un largo rato en que se notó que había encendido un cigarro.

Así pasó más de un cuarto de hora.

Lola pensaba en si sería ó no conveniente llamar á su marido.

Don Manuel no entraba por no dar su brazo á torcer.

Volvió á transcurrir otro cuarto de hora.

Don Manuel creía que había transcurrido un siglo, á pesar de que el reloj de la sala sólo había sonado dos veces.

Lola fué por fin, la que se decidió á hablar.

Se levantó de su góndola y se dirigió á la puerta de la sala y preguntó con voz débil:

—¿No vienes?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no.

La elocuencia del lenguaje ha llegado hasta inventar esta frase que hemos convenido en llamar concluyente, sin que por eso deje de ser impolítica.

Lola regresó á su góndola.

Al cabo de un rato, don Manuel fué quien entró á la recámara, y sin decir una palabra empezó á desnudarse.

Lola era quien todas las noches daba cuerda al reloj de don Manuel y lo ponía en la relojera.

Esa noche don Manuel, por la primera en siete años, le dió cuerda á su reloj.

Lola que era capaz de resistir una tempestad, no resistió á esta prueba: clavaba sus ojos en las manos de su marido y en el reloj, pareciéndole que en cada vuelta de la llave, su marido trituraba, una tras otra, todas las flores de un ramillete de siete años.

Lola sintió ese traquidito particular de la laringe que precede á la efusión de una lágrima; ésta asomó extendiéndose sobre el borde de sus párpados inferiores, y prestando á los ojos de Lola un brillo que si don Manuel hubiera sabido comprenderlo habría abrazado á su mujer.

Un momento después don Manuel torció la llave del quinqué y la habitación se sumergió de pronto en las tinieblas.

